

minúsculas de todo lo que se mueve entre las aguas. De la más ligera onda de la superficie se desprenden centellas. Debajo de su verdoso cristal pasan y ruedan á largas distancias, despidiendo una luz muy sensible, resplandores incalificados, furtivamente errantes, y cuerpos de forma globular. Masas diseminadas de poli-grásticos, ciclídias y orfidinas animan las rompientes de las olas. Donde quiera que se ven pequeñas luces, llegan á la superficie enjambres de nereidas, y la pueblan de animalillos fosforescentes. Los incesantes juegos de los bonitos, el paso de algun cetáceo grande y el surco del buque producen con su choque débiles olas en cuya espuma brillan siempre reflejos luminosos.

El poder de fecundacion del mar, en cuyo seno comenzaron la germinacion y la vida, se manifiesta todavía en el brillo de sus moléculas. La augusta vida del espíritu que al principio era llevado sobre las aguas, y la gracia del Verbo por quien se ha hecho todo, resplandecen en la amplitud de los mares.

Desde el origen del mundo se desplegaban estas maravillas á las solas miradas de los espíritus celestiales: para los habitantes de este globo, continuaban como si no existieran. La tierra no sospechaba todavía la poesía y grandeza de esas armonías atlánticas. Presentáronse finalmente á la vista del hombre la severa majestad y la solemne grandeza del Océano equinoccial, desconocidas hasta entónces. Por la primera vez, desde la creacion, respiraba la inteligencia humana bajo aquellas latitudes, hasta entónces dominio exclusivo de los petrales, gaviotas, marsuinos y cetáceos gigantescos. Y aquél á quien la Providencia se había dignado elegir para guiar al traves del abismo almas inmortales, era la más elevada personificacion de la contemplacion y del amor del Criador. Ni ántes ni despues de aquel día palpitaron en aquellas movibles regiones curiosidad más santa ni comprension más viva de la naturaleza.

La sagrada imágen de nuestro Redentor, grabada en el estandarte de la expedicion, enarbolada en el palo mayor, miéntras conjuraba la violencia del aire, parecía santificar los elementos, al cruzar debajo de los ardientes rayos del sol los esplendorosos horizontes y las olas fosforescentes. Cada tarde los vientos del Atlántico llevaban los ecos de los cantos á María, la estrella del mar. Bajo los auspicios del Verbo, su ferviente amador tomaba posesion de la inmensidad en nombre de la fe. El Altísimo le había concedido la honra de ser el primero que penetrara en espacios donde no había llegado jamas la mirada de los mortales.

Al llegar Cristóbal Colon á aquellas regiones del MAR TENEBROSO, objeto de tanto terror, envueltas entónces en el misterio que él debía aclarar, aguijoneado por noble curiosidad, deseaba, segun su propia frase, «conocer los secretos de aquel mundo;» su mirada se sumergía infatigable en el mar trasparente, inundado de aquella luz tropical que atraviesa las cimas espumosas, traspasa las olas y penetra su seno hasta grandes profundidades. Hacia cuanto podía por comprender

el carácter de la vegetacion, de los bosques submarinos que alfombraban el fondo de las cóncavas regiones, inaccesibles á la sonda. ¿Con qué ricas vestiduras habría el Criador adornado el abismo en aquellas distancias donde la luz del dia hartas veces disuelta por las diversas capas de aguas se agota y extingue en el espesor de sus moles? ¿Qué clase de habitantes poblaban aquellas sombrías profundidades? ¿Qué drama tenia lugar en aquellas lejanas regiones atlánticas, en el fondo de las entrañas del Océano? Y ¿qué terribles peligros no podian sufrir de parte de aquellos abismos ahora adormecidos? ¡Pregunta formidable ante la cual hubiera palidecido todo mortal!

La historia y la poesía han ponderado igualmente la intrépida serenidad de ánimo de Colon y la audacia de su pecho de bronce. Se ha elogiado su amor á la celebridad, su desprecio de la muerte, y se ha creído honrarle llamándole «el héroe de la gloria.»

Esto es el colmo del error biográfico.

El que comprometía su vida tranquilo y sereno por cima de los abismos, no tuvo ni creyó tener nunca ningun mérito por su intrepidez. En ninguna circunstancia hizo la menor alusion á su valor; muy bien sabía él á quien atribuir lo que manifestó «de fuerza y magnanimidad» en la direccion de su empresa. Aspirando ántes que todo á glorificar al Verbo divino, á proclamar el nombre bendito del Salvador en las costas que descubriera, comprendiendo que su obra interesaba al acrecentamiento de la Cristiandad, á la futura civilizacion de los pueblos, conociendo que la misericordia divina le había hecho Legado de la Providencia, y encargado del Apostolado de naciones desconocidas, sacaba del cielo los secretos de su fuerza. El protestantismo no puede negarlo: «Colon se miraba como puesto bajo la inmediata custodia de la Providencia en su empresa solemne (1).» En vano abría la inmensidad delante de su proa el espacio ilimitado; en lugar de helarle de espanto aquel infinito en el que se abismaba, era para su espíritu un motivo de grandiosas investigaciones.

Teniendo conciencia instintiva de la sublimidad de su mision, previendo que «aquel viaje emprendido en nombre de la Santísima Trinidad (2)» redundaría en gloria suya y honra de la religion cristiana, no temia ningun peligro, y tenia en nada sus fatigas, conforme lo escribia más adelante al jefe supremo de la Iglesia, el Vicario de Jesucristo (3). Con todo, á pesar de su confianza, lójos de descansar

(1) Washington Irving, *Historia de la vida y viajes de Cristóbal Colon*, lib. III, cap. III.

(2) Cristóbal Colon. — «Partí en nombre de la Santísima Trinidad y volví muy prontamente con la prueba en las manos de todo cuanto había anunciado.» — *Prólogo de la relacion del tercer viaje dirigida á los Reyes*.

(3) «La cual razon me descansa y hace que yo non tema peligros, etc.» — *Carta del Almirante á Su Santidad*. Febrero, 1502. — Docum. diplom., núm. CXLV.



tranquilamente en los favores de «Su Divina Majestad,» y dormirse en dulce quietud, su prudencia continuaba velando día y noche. Como que él respondía á Dios y á su reina de las vidas que le habian confiado, no se descargaba en nadie del cuidado y de la vigilancia. Exceptuadas las horas en que se encerraba ordinariamente, para orar ó rezar el oficio de los religiosos franciscanos, segun su costumbre adquirida en la Rábida, pasaba las noches y los días en la toldilla del castillo de popa vigilando el timon, observando el mar, el aire, los astros, subiendo á veces á las cofas á fin de ver más léjos y juzgar mejor las regiones que surcaban las carabelas.

Aislado por aficion y por la etiqueta, se entregaba á la contemplacion apasionada de las obras del Criador, la cual fué en él, desde la adolescencia, el primer goce de su carácter, así como fué despues en su vejez el más dulce consuelo de su alma. Sabía comprender las indicaciones de los grandes fenómenos y los mudos avisos de la naturaleza mejor que nadie del mundo. Hallábase en aquella latitud desconocida ántes de él, en que las influencias del aire y de las aguas, completamente nuevas, desconcertaban la teoría y los instrumentos de la ciencia náutica. La parte del globo donde cambian el color, la amargura, la densidad del mar; donde la constancia de la temperatura es sólo igual á su amenidad, y donde los benignos refrigerios de la brisa adquieren cierta asiduidad tan cómoda para la fatiga del hombre como útil para la serenidad de su espíritu. Colon notaba «un cambio extraordinario en el movimiento de los cuerpos celestes, en la temperatura del aire y en el estado del mar.» Preguntando continuamente á aquella nueva naturaleza que él descubria, procuraba sacar de los fenómenos exteriores alguna revelacion acerca del carácter de las aguas á que iba á entregarse. Sus ojos sondeaban el horizonte; la sutilidad de su olfato interrogaba á los menores effluvios de los olores salinos que llevaban los vientos. Á cada instante probaba el agua sacada de diversas alturas para juzgar de su temperatura. Su sonda media la profundidad del abismo. Experimentaba la direccion y fuerza de las corrientes marinas; recogia codiciosamente las yerbas y plantas que pasaban cerca de su buque; porque todo podia convertirse en un indicio para su penetracion. Cogióse un pequeño cabrajo enredado en las ovas, y Colon lo guardó cuidadosamente, porque nunca habia visto semejante crustáceo más allá de ochenta leguas de las costas. El agua del mar era sensiblemente ménos salada que en las islas Canarias. Dejábanse ver atunes en abundancia, y la tripulacion de la *Niña* consiguió harponear uno de ellos. Como las yerbas, parecian venir del Oeste. Llevado de su confianza, decia Colon en su diario, pensando en su divino Maestro: «Espero que ese Dios poderoso en cuyas manos están todas las victorias, hará que muy pronto hallemos tierra (1).»

(1) «Donde espero en aquel alto Dios en cuyas manos están todas las victorias que muy presto nos dará tierra»—*Lunes, 17 de setiembre.*

El 18 de setiembre el aire se parecia al de la primavera en Sevilla. La brisa regular y favorable impelia suavemente los buques que intentaban llevarse la delantera unos á otros, á fin de descubrir la tierra, y ganar la renta anual de diez mil maravedis, prometida por la reina al primero que la señalara. Martin Alonso Pinzon, cuya embarcacion era la más velera, se adelantó á todos, porque habia visto volar muchos pájaros hacia poniente. Aseguró al comandante que dirigiéndose hacia el Norte, hallarian la tierra á quince leguas. Sin embargo, á pesar de la insistencia de toda su gente, no consintió Colon en cambiar de direccion. Semejante firmeza pareció orgullosa obstinacion á los marinos, inquietos ya por lo largo de la ruta. Su espanto acogia con trasporte la esperanza de una tierra cercana anunciada por el señor Martin Alonso, capitán experimentado, y además su compatriota. Esa negativa ocasionó descontento y secreto enojo en los tres buques.

#### § V.

El 19 de setiembre se levantaron neblinas sin viento, lo que era para Colon señal cierta de la proximidad de la tierra. Estaba convencido de la proximidad de las islas, pero no quiso bordear para buscarlas, siendo, como era su objeto, llegar directamente á las Indias. Escribió en su diario: «el tiempo es bueno, y si pluguiere á Dios, á la vuelta se verá todo (1).»

El día siguiente alternó la calma con ventolinillas ligeras y flojas. Se afirmó viento suave que impelia la escuadrilla hacia el Sudoeste con aquella constante regularidad cuya duracion comenzaba á inquietar las tripulaciones. Viéronse muchas yerbas. Llegaron tres alcatrazes al buque almirante, y los marineros cogieron con la mano un pájaro de costa.

El viérnes, luégo de amanecer, aparecieron señales favorables hacia el Oeste. Pasó un alcatraz cerca de los buques. Vióse á una ballena recrearse en la superficie del agua. Las algas y ovas arbustos, ú ovas del trópico se presentaban en tanta abundancia que el mar parecia cuajado de ellas. El tajamar, al romperlas, sentia la resistencia que su espesor le oponia. Habian llegado á las aguas designadas desde entónces con el nombre de «Mar de yerbas,» cuya extension ocupa una superficie siete veces igual á la de Francia (2).

El aspecto de aquel verdor, que primeramente recreaba la vista, y hacia concebir esperanzas á los marineros, porque parecia indicar la proximidad de las

(1) «Porque placiendo á Dios á la vuelta se veria todo.»—*Miércoles, 19 de setiembre.*

(2) A. de Humboldt, *Cosmos*, t. II, p. 346.



tierras, convirtiase ahora por su inmensidad en seria alarma. Creían haber llegado á los eternos pantanos del Océano que decían servir de límite al mundo, y de sepultura al curioso que osase arrostrarlos. Aquellas familias de plantas reunidas en infinito número, presentaban el aspecto de un cenagal inconmensurable que el Criador hubiese extendido en los límites del Océano, á fin de prohibir su acceso á la temeridad de los hombres. Aquella inmensa y monótona vegetación, que, desde las profundidades de las aguas parecía levantarse como amenaza y quizás como aviso del cielo, hacia palidecer á los más intrépidos. Parecía que aquellas aguas incalificables hubiesen sido señaladas como último término á la navegación, y que, apretándose cada vez más aquellas yerbas saladas, imposibilitarian la vuelta de las carabelas una vez estuvieran completamente internadas y comprometidas en las inflexiones de sus movibles bosques. Y si no llegaba el caso de servir de presa á los mónstruos emboscados debajo de aquel verdor, era á lo ménos cierto que, durante la lucha de los buques contra las aguas pobladas de yerbas, se acabarían poco á poco las provisiones, y que el hambre, con sus horrores y la atrocidad de sus consejos, sería la expiación de una osadía maldita. La imaginación de los marineros se hallaba involuntariamente dominada por imágenes horribles, á consecuencia de las narraciones oídas en las veladas de invierno, ya acerca de las comarcas inhabitables del mundo en el Mediodía, ya del gigante submarino del Norte, el Craken, aquel espantoso pólipo que con un brazo se asia fuertemente á los confines del mar Blanco, miéntras que con el otro revolvió el Océano Germánico; ya acerca de las traidoras sirenas, los monjes marinos, los crueles obispos con mitra en la cabeza, y los mónstruos anónimos, grandes y chicos, que arrastraban los barcos á los remolinos. Entre los oficiales, los de más fuerte ánimo, sin exagerarse los peligros reales, temían ver chocar las quillas contra los arrecifes ocultos en aquel verdor, y varar, sin naufragar sobre la tierra, en medio de aquellas praderas de donde sería imposible salvarse en botes, porque no podrían los remos desenredarse de sus yerbas largas y espesas.

Otra causa de no ménos incesante inquietud atormentaba á la tripulación de los tres buques. Cuanto más avanzaban, más parecía empujarles el viento hacia el Oeste. En los mares conocidos no se había notado nunca un ejemplo de semejante constancia en la dirección de los vientos. Imaginábanse que aquella dirección tan favorable para llevarles hacia las tierras inciertas del Occidente, sería insuperable obstáculo para su vuelta, y que continuarían alejados para siempre de la patria.

El 22 de setiembre, se dirigió el timón al Oes-noroeste, y se anduvo unas treinta leguas. Léjos de haberse condensado la yerba á medida que avanzaban, se aclaró y casi desapareció. Viéronse tableros y otros pájaros; sin embargo, la tripulación pasaba de la tristeza al enojo; no salía del temor sino para caer en la desesperación. La constancia del viento en impelerles hacia el Oeste aumentaba

sus terrores. En vano les daba su jefe seguridades y explicaciones científicas, no las escuchaban en la exasperación de su ánimo: habían cesado ya de creer en él, y no hacían caso de sus promesas ni de sus amenazas. Habían perdido el respeto á su autoridad, y el acatamiento al augusto nombre de los Reyes (1). Ya no le quedaba ningún medio humano para ser obedecido y continuar la empresa. Colon no tuvo entonces otro recurso que invocar á Aquél que siempre le había asistido. En aquella ocasión levantóse repentinamente un viento contrario, como para desmentir los siniestros temores de la tripulación.

Al consignar Colon la oportunidad del viento que Dios le enviaba, escribió sencillamente estas palabras en su diario: «Aquel viento contrario me fué muy benéfico, porque los hombres de mi tripulación estaban muy agitados, figurándose que en aquellos mares no soplaban vientos para volver á España (2).» Siendo inminente la rebelión, en su gratitud miró esta circunstancia tan feliz como un señalado beneficio del Cielo.

No podía empero durar mucho la tranquilidad de los ánimos; al día siguiente habían vuelto á caer en sus vagos terrores. Era un domingo: las algas, las ovas, las uvas del trópico reaparecían en capas espesas. La llanura se mostraba llena de yerba en todo el espacio visible; el viento impelia lentamente hacia el Oeste, sin alterar las aguas. La prolongada calma del mar se había á su vez hecho sospechosa. Crecía el murmullo entre los marineros. Decían los descontentos que habían llegado á los sitios de las aguas estancadas donde los vientos pierden su impulso y el mar su balanceo, porque se alejaban de la morada de los hombres. Creían caminar á una pérdida inevitable. Traían á la imaginación y acordábanse de aquellos animales que se pegan á la quilla de los barcos y los detienen hasta que se convierten en presa de los mónstruos domiciliados en lo más profundo de aquellos bosques submarinos. Colon veía ya agotarse sus argumentos; no tenía ningún medio humano para tranquilizar aquellas imaginaciones exasperadas por sus propios fantasmas. En medio de sus perplejidades, hé aquí que de repente y sin que se dejara sentir el viento, se engrosó tanto el mar que «todos estaban muy asombrados de ello.» Colon, dando gracias á su Señor, Dios nuestro, escribió lo siguiente en su diario: «Así que me fué muy provechosa la mar alta, lo que no había sucedido todavía, excepción hecha del tiempo de los judíos, cuando los egipcios partieron de Egipto en persecución de Moisés, que libertaba á los hebreos de la esclavitud (3).»

(1) «Perdido el respeto á su autoridad, y aun desacatado el sagrado nombre del Rey, etc.»—Muñoz, *Historia del Nuevo Mundo*, lib. III, § 1.

(2) Diario de Colon.—Sábado, 22 setiembre.

(3) «Así que muy necesario me fué la mar alta que no pareció, salvo el tiempo de los Judíos cuando salieron de Egipto contra Moysen que los sacaba de captiverio.»—Domingo, 23 de setiembre.